



ALAMEDA DE
LA CIUDAD DE MÉXICO

Creada en la última década del siglo XVI por orden del virrey Luis de Velasco hijo, la Alameda de la Ciudad de México es el paseo más antiguo de toda la América hispana. Su nombre proviene de los árboles que se destinaron a ella para acompañar el esparcimiento público de los vecinos de la época: los álamos.

Concebida en el lado poniente y a extramuros de la capital novohispana, en terrenos ganados a la vieja laguna de México para prolongar hasta tierra firme la calzada de Tacuba, su primer diseño corrió a cargo del alarife Cristóbal Carballo, quien presentó una composición bastante sencilla, de traza cuadrada, rodeada de una acequia y con una sola puerta de entrada. Le quedaba enfrente la iglesia y el hospital de la cofradía de la Santa Veracruz.

Durante el siglo XVII no tuvo cambios significativos en su estructura, sufriendo incluso periodos de abandono por parte de las autoridades tanto del Ayuntamiento como de los virreyes; en donde sí se presentaron aquéllos fue en el contenido, pues se aumentaron los prados y las puertas de acceso, y se modificó la fuente central.

Sin embargo, en la centuria inmediata cobró un gran impulso renovador debido al interés del virrey Baltasar de Zuñiga Sotomayor (1716-1722), transformándose en un hermoso jardín cuadrado a la manera barroca, con dieciséis calzadas e igual número de prados triangulares. Esto, más sus cinco glorietas adornadas con fuentes mixtilíneas y tres pórticos con rejas de madera, hacen patente que no había nada a la deriva en su planeación paisajística.

Años más tarde y con los efectos de la influencia francesa impuesta a España y sus posesiones de ultramar por el ascenso de la dinastía de los borbones, dicho paseo tuvo más cambios significativos. El proyecto de mayor

relevancia se dio en el último cuarto de dicho siglo, obra del ingeniero Alejandro Darcourt y con la ejecución material del coronel de ingenieros Francisco Barrios y del arquitecto Manuel de Iniesta. La Alameda duplicó su tamaño, quedando como un hermoso jardín rectangular con veinticuatro prados, siete glorietas internas y doce externas, espacio en el que se exponían colosales obras de arte de la mitología griega y que daba cabida a cerca de mil carruajes.

La reforestación de los jardines, la definición de las áreas de circulación para los paseantes de a pie, los jinetes y los carruajes, así como la construcción de una extensa barda con pilares de mampostería, le dio un esplendor nunca visto. Sin duda su estética integral, expresada en la pureza simétrica de los prados y en lo homogéneo del entorno, respondía a las innovaciones artísticas y culturales de la Ilustración, plasmadas sobre todo a través de las propuestas neoclásicas de la Academia de San Carlos.

En consecuencia, la burocracia y la alta sociedad colonial la consideraron uno de los sitios más adecuados para su disfrute, apropiándose de ella como símbolo de ostentación, riqueza y poder. Aquéllos frecuentaban este lugar ataviados de manera elegante y acompañados de un séquito de esclavos y sirvientes. Tampoco se puede dejar de mencionar lo elegante de los carruajes y la fineza de los caballos.

Con el advenimiento de la Independencia Nacional se gestó un nuevo país: México, cuyos avatares le dieron una significación diferente a los espacios públicos. La Alameda no estuvo exenta de ello. Por ejemplo, testigo de la entrada triunfal del Ejército Trigarante encabezado por Agustín de Iturbide, a partir de 1825 fue el lugar elegido para celebrar la gran fiesta cívica independentista; posteriormente en 1846 el general Antonio López de Santa



Anna festejó ahí su retorno a la presidencia de la República; mientras que en 1847 y 1848 el ejército estadounidense estableció en aquella su cuartel, durante la ocupación que hizo en la Ciudad de México. Otro acontecimiento memorable fue el que ofreció Benito Juárez en 1867, al dar en dicho paseo un banquete festivo por el triunfo que se obtuvo contra el llamado Segundo Imperio. Posteriormente, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz también la incluyeron en sus motivos patrios y en sus recorridos de solaz, aunque el segundo no olvidó de seguro el atentado que sufrió en ella el 16 de septiembre de 1897.

Sobre la base de tales acontecimientos, el arte expuesto en la Alameda durante la primera mitad del siglo decimonónico fue una clara expresión de las libertades políticas y sociales recién conquistadas. Así, la fuente de La libertad, creación de Joaquín Heredia que engalanó la rotonda central hacia el año de 1830 y cuya imagen aparece en una litografía del italiano Pedro Gualdi, fue una señal del advenimiento de un régimen republicano ya asentado, aunque aún no consolidado. Un objetivo semejante pero ya de más fortaleza fue la fuente de La Victoria, que se instaló en 1852 en sustitución de la anterior y cuya hermosura quedó plasmada en una litografía que publicó Casimiro Castro en la notable edición de México y sus alrededores.

Para mediados del siglo XIX, la imagen paisajística de la Alameda, enclavada ya no en uno de sus puntos de frontera sino en el corazón de la ciudad, no dejó de anunciar el voraz crecimiento urbano y la inquietante inestabilidad política, pues se le consideró más como "bosquecillo salvaje" rodeada de casas y demás construcciones, que como un lugar que se conservara en forma para el disfrute de los pobladores. Vista por el exterior y de manera romántica, parecía una réplica o una manifestación del paraíso; al interior poblaba el abandono, la insalubridad e inseguridad.

Poco después Maximiliano de Habsburgo y Carlota Amalia pretendieron dotarlo de sus añejos goces, mas lo efímero de su imperio sólo permitió la limpieza del sitio y el mejora-

miento de la jardinería, al que se le sembró pasto inglés y una gran cantidad de rosas.

Tras el triunfo de la República, Benito Juárez ordenó al Ayuntamiento de la capital nacional que implementara diversas obras en pro de la seguridad y la salud públicas. Al efecto, en la Alameda se cegó la acequia, se derribaron los muros y se introdujo un sistema de iluminación más efectivo, lo que contribuyó a consolidar un espacio accesible a todos los habitantes.

No obstante, fue hasta el periodo del Porfiriato (1877-1911) cuando este sitio volvió a mejorarse en grado sustancial. A tono con la moda parisina que dictaba los cánones estéticos del orbe occidental se actualizó la infraestructura, se mejoró su sistema de riego, se renovó la jardinería con la presencia de especies de otros lares, introducidas por profesionales extranjeros, y se instaló un mobiliario ecléctico con quioscos, relojes y bancas rústicas o de hierro forjado. Destacó al respecto el Pabellón Morisco que se estableció en 1887, y que en 1910 se cambió a la alameda de Santa María de la Ribera.

No debemos olvidar que también fue en este periodo cuando la Alameda se adornó con esculturas mitológicas y monumentos de gran severidad clásica, como el Hemiciclo a Juárez, y con manifestaciones de vanguardia vinculadas a los movimientos escultóricos contemporáneos, entre ellas las esculturas Desépoir y Malgré Tout. Cabe decir aquí que como estas obras fueron realizadas por artistas nacionales y extranjeros de renombre y calidad inobjetables, sería pertinente rehabilitarlas, protegerlas y conservarlas, pues son bienes culturales que forman parte del patrimonio artístico de todo el país y no sólo de la Ciudad de México.

De manera lamentable posteriormente, los llamados gobiernos revolucionarios, los herederos del mismo y los subsecuentes, no han hecho mucho por mantener este lugar en condiciones óptimas, pese a que en diversas ocasiones se han ordenado trabajos de rehabilitación y mantenimiento. Ojalá que con motivo de la reinauguración de la Alameda en este año de 2012,



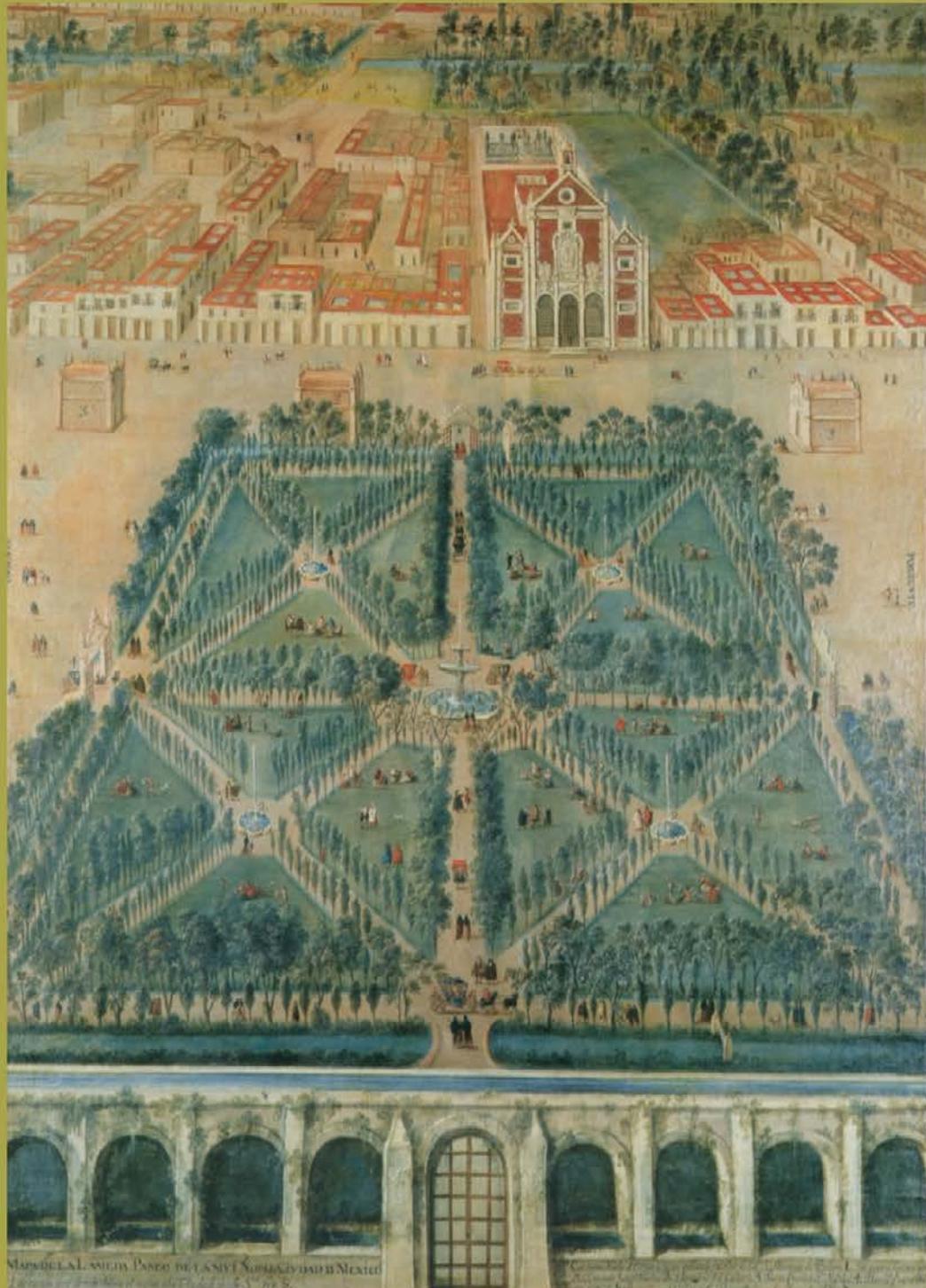


nosotros como sociedad seamos capaces de compartir acciones para dignificarla y rehabilitarla, y mantenga su carácter de tradición y abolengo.

BIBLIOGRAFÍA

- *La Alameda Central* / textos de Máximo Magdaleno e Ignacio Medina; fotografía Emilio Fuentes. México: Talleres de la Impresora Juan Pablos, 1956.
- *La Alameda Central, Ciudad de México* / Carlos Blanco. México: INAH; CONACULTA, 1992.
- Castro Morales, Efraín. "Alameda mexicana: breve crónica de un viejo paseo", en *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes; Landucci Editores, 2001, p. 15-122.
- Gualdi, Pedro. *Monumentos de Méjico: tomados del natural y litografiados por Pedro Gualdi en el año de 1841*. México: Fomento Cultural Banamex, 1985.
- Lombardo de Ruiz, Sonia. *Atlas histórico de la Ciudad de México*. México: Smurfit Cartón y Papel; INAH, CONACULTA, 1997, 2 vols.
- *México y sus alrededores: colección de monumentos, trajes y paisajes dibujados al natural y litografiados*, C. Castro, J. Campillo, L. Auda y G. Rodríguez. México: Decaen, 1855-1856.
- Moysén, Xavier. "La Alameda de México en 1775", en *Monumentos Históricas*, núm. 2, 1979, p. 47-56.
- Novo, Salvador. *Los paseos de la Ciudad de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- *Nueva guía manual de forasteros en la Ciudad de México: escrita en castellano y en inglés y plano topográfico de esta capital* / formado por el ingeniero Antonio García Cubas; texto en español José L. Grosó. México: Antigua imprenta de Murguía, [1910 ?].
- Pérez Bertruy, Ramona Isabel. *Parques y jardines públicos de la Ciudad de México, 1881-1911*. Tesis para optar por el grado de doctor en Historia, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricas, 2003.





MAPA DEL PALACIO DE LOS REYES EN LA CIUDAD DE MEXICO
Diseñado por el Sr. Juan de la Cruz Torres y del Sr. J. S. 1725.



Secretaría de cultura **CF**



UNAM



COORDINACION DE HUMANIDADES



PUEC